

suponga que ya existían noticias más ó menos confusas de la *última Tule*. Si no era así; si algún navegante, si algún fraile viajero, predecesor de Raimundo Lulio, no describió á Dante las estrellas nuevas que surgieron del fondo del Océano para nuestros aventureros dos siglos después, no queda más clave de la previsión del gran florentino sino suponer que durante un eclipse total de sol pudo ver refulgir la Cruz del Sur, y citarla con la precisión con que lo hace, y que caracteriza todas las indicaciones positivas en la *Divina Comedia*.

* *

Nosotros sí que no pudimos ver la Cruz del Sur. Densas nubes velaban el cielo; los luminarecillos ni aun se entreveían. La famosa «corona del sol», esa gigantesca sortija teñida con los colores del espectro solar y exornada con enorme diamante, se destacaba sobre un fondo de tul ceniza, convertido presto en tenebrosa y mate extensión sin límites. Por un efecto que no sé definir, la desaparición de la luz nos había parecido larga y fúnebre, y la reaparición se nos imaginó más pronta, casi teatral por lo rápida. Y un suspiro de descanso dilataba todos los pechos. Era otra vez lo habitual, lo conocido... Era la luz del día, pronto llamada á extinguirse en el diario eclipse nocturno.

* *

No hay nada más inofensivo que un eclipse. ¿Cómo habrán supuesto que anuncia daños, que amenaza castigos, que influye, que trae peste ó guerra? Cuando leemos los terrores que en pasados tiempos han infundido los eclipses; los ejércitos negándose á combatir, los indios postrándose ante Colón, los altos personajes históricos viendo en el sencillo fenómeno celeste fatal presagio de su destino..., comprendemos nuestra debilidad, nuestra pequeñez, nuestra indefensión, proclamada por esos espantos que el ánimo más entero no siempre puede vencer. Yo recuerdo que á un individuo muy valeroso le aterrorizó el penúltimo eclipse total, por haber coincidido con fecha señalada y simbólica en su biografía. Y, en efecto, la desgracia que parecía anunciar el eclipse vino, y vino con circunstancias todavía más graves y crueles de lo que la víctima podía recelar; pero ¿qué sabían de esto ni el astro resplandeciente centro de nuestro sistema, ni el pálido satélite que ilumina nuestras noches y hace escribir á los poetas de secano mil peregrinas insipideces? Tenemos tal necesidad de no creernos abandonados, olvidados, solos, que imaginamos que cuando se comete con nosotros una iniquidad, el sol vela su luz, la luna se embosca tras densos nubarrones, las estrellas se precipitan del cielo y los ríos corren color de sangre... Todo esto ha sido artículo de fe, y los romanos, después del asesinato de Julio César, crimen más horrible porque era un parricidio, supusieron señales en el firmamento y profecías en labios de augures, sudor de sangre en estatuas y lágrimas en simulacros... La verdad es que los cuerpos celestes giran indiferentes por el espacio infinito, que no ven ni nuestros dolores ni nuestras contadas alegrías, ni curan de la bondad ni de la maldad humana, y que hay terrible contraste entre lo sereno de su marcha, la verdaderamente olímpica majestad de su curso, y las tempestades de los corazones, así como la astronomía, armada de telescopio, compás y pizarra, no cura de la psicología, armada de microscopio...

* *

Y ¿por qué se da expresamente el nombre de *sabios* á los astrónomos que vienen á estudiar el eclipse, y no se califica igualmente á los médicos que van á observar y combatir una epidemia, á los escritores que van á desentrañar una literatura, á los ingenieros que van á trazar una obra magna, ni á ninguno, en fin, de los que realizan una información ó una empresa que exige conocimientos especiales de una materia? ¿Son los astrónomos los *sabios* por antonomasia?

El diccionario reza que sabiduría es conocimiento profundo en letras, ciencias ó artes. Yo no entiendo nada de astronomía, y por lo tanto, me sería difícil decir si poseen en efecto conocimientos profundos todos esos señores que se vienen del extranjero armados de catalejo y del instrumental que el argumento requiere, y se encaraman y trepan por montes y altozanos para que no se les escape un ápice de la vida privada del sol (que no va estando muy en olor de santidad desde que nos han informado de que anda perdido de manchas).

Creería ese rubicundo y bermejo platero de las cumbres que, situándose á la bonita distancia de treinta y ocho millones de leguas (de á cuatro kilómetros) de la tierra, las tales manchas no las descubriría ni el más lince; pero no contaba con la actividad é ingenio de este insectillo que se llama el hombre. No sólo hemos descubierto las *lámparas* que deslustran la superficie del hermoso astro (así las negras como las blancas), sino las arrugas, y vaya usted á saber si un día encontraremos sus dientes postizos y sus canas, disimuladas por el agua oxigenada de Venecia y el *henné* de Oriente...

Todo aquello á que nos aproximamos—sea por virtud de los descubrimientos científicos que traen al cristal de la lente los cuerpos celestes remotos, sea por el análisis que escruta y descompone lo próximo y lo íntimo,—todo ¡ay! aparece sellado con estigma de caducidad y muerte... Esas manchas del sol, ó más bien desgarrones de su brillante túnica, aumentan, según parece, en progresión nada tranquilizadora. ¿Es que la fotosfera desmaya, y con ella va extinguiéndose poco á poco la energía vital que á nuestro planeta comunica Helios? ¿Es que las nubes formadas en su atmósfera se hacen doblemente opacas? Los consabidos sabios no han dicho la última palabra referente á este asunto. Y en la incertidumbre acerca de la naturaleza y origen de esas manchas dentro de las cuales la Tierra caería como una naranja por la boca de ancho puchero, sólo nos resta la melancolía de la ilusión que perdimos, del sol nítido, refulgente, que se nos ha convertido en trapo tiznado de negrohumo, cual si acabase de limpiar tanto fragmento de vidrio como se ha embadurnado en previsión del eclipse...

* *

Pasado el fenómeno, nos sentamos al pie de los árboles; la lluvia, suspensa en el aire, amagaba sin caer, y los pobres pájaros asustados salían otra vez, ya tranquilos, de las frondas. No tenía nadie, en aquel momento, el menor impulso de volver á su faena; ni los trabajadores cogían la herramienta, ni yo quería asir la pluma. Púseme á divagar mentalmente sobre estas crónicas, y me acordé de las cartas que con motivo de ellas recibo, que vienen sin firma y son, generalmente, efusiones de simpatía, de cordialidad. ¿No es muy natural que las agradezca? Todo testimonio de interés por mi labor, por esta labor no diré que del todo obscura, pero continua y modesta, de las letras, me dilata un poco el ánimo. Escribimos sin cautela, con espontaneidad, dejando siempre abierta una ventana del espíritu, por la cual (como suponen algunos astrónomos que sucede á las famosas manchas) se ve el fondo de nuestro sér. No cuidamos de ocultarlo, puesto que no exponemos negruras ni abismos; dejamos correr desenfadadamente la prosa; de fijo la hacemos así, en estilo doblemente propio y personal, mejor que si lo perfilamos y acicalamos para torneo de gala. Y cuando nos animan con el entusiasta elogio, con el saludo lleno de rendimiento, una paz alegre se infiltra en nuestro corazón, una convicción más ardorosa nos sostiene y empuja á trabajar tenazmente, siempre, hasta el último aliento, como si el escribir fuese, antes que ejercicio, función de un organismo en el cual resuenan todas las voces de lo exterior y en el cual todo adquiere forma artística...

* *

Va á erigirse en Cádiz la estatua de Castelar. La ciudad ha comprendido la estrecha obligación que le imponía el ser madre de tal hijo. Y el Ayuntamiento, presidido por un conservador, ha tenido el buen gusto y la inteligencia de no acordarse de cómo pensaba en política el glorioso conterráneo, y coadyuvar al homenaje cuanto ha sido necesario y posible. Esto, Inés, ello se alaba, diremos con el poeta festivo; y en tono más grave, añadiremos que la estatua de Castelar, elevada por voto unánime á pesar de ser él un hombre político de definidas opiniones hoy proscritas, nos consuela de tantas estatuas de políticos borrosos aunque famosos, de los cuales, dentro de diez años, nadie recordará el apellido, no pudiendo las gentes olvidar el nombre de pila porque no lo habrán sabido nunca; porque esos personajes no habrán sido jamás, excepto para su distrito y su tertulia, *D. Emilio*, *D. Antonio*, los grandes *dones* ya desaparecidos.

Si al ver á un señor de bronce ó de mármol hay que preguntar quién era..., ¡malo!, ¡malo! Y si, después de que se lo dicen á uno, hay que preguntar qué hizo el señor aquel..., ¡peor!, ¡peor! No sucederá así con *D. Emilio*...

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Naturalmente ahora todos somos astrónomos, y el que más y el que menos ahuma su cacho de vidrio y asesta la nariz hacia el firmamento con aire de suficiencia, sin fijarse en que puede lucir un solemne tiznón, y sin tener en cuenta que

«En este mundo traidor
nada es verdad ni mentira;
todo es según el color
del cristal por que se mira...»

y el que interpone entre la pupila y los objetos un cristal turbio, turbios los ha de ver por fuerza.

* *

El eclipse se inició con una especie de misteriosa angustia ambiente, una ráfaga de frío húmedo, callado y sepulcral... Acaso esta impresión fuese subjetiva, análoga á la que siempre experimentamos ante lo que corta, siquiera aparentemente, el ritmo de la naturaleza... Un eclipse no es, bien mirado, más que un anochecer en pleno día; una noche á deshora —brevisima, por otra parte.— Esa lividez de los rostros cuando la totalidad se acerca; ese vago escalofrío de las plantas; ese miedo silencioso de los animales; ese soplo de lo desconocido... no lo produce la noche, sencillamente porque es diaria. Figuraos un mundo iluminado siempre; un mundo en que no se pusiese el sol jamás... y concebiréis lo que sería el oscurecer repentino; el efecto imponente, sobrehumano, que el fenómeno produciría.

* *

Mientras el mar, á lo lejos, adquiría matices de tinta y plomo; mientras las montañas, sobre la línea del horizonte, se entenebrecían como un ceño trágico; mientras el verde de los árboles, aquí tan fresco hasta en este tiempo, se mustiaba y se tornaba gris; mientras la figura del sol era la misma que frecuentemente afecta la luna, segur de plata blanca y brillante, yo pensaba en Dante Alighieri, pensar que al parecer no guarda relación alguna con el eclipse ni con los problemas astronómicos. ¿Por qué me acordaba del gran poeta y vidente florentino? Porque en aquel momento me parecía adivinar la causa de algo que ha preocupado á los comentadores; la singularidad de que Dante demuestre, en la *Divina Comedia*, conocer perfectamente las constelaciones del hemisferio austral, que tenían que serle desconocidas, pues el cantor de Beatriz no pisó los países donde estas constelaciones pueden verse, países (al menos tal se supone) plenamente ignorados en el siglo XIII.

El caso hace meditar. ¿Cómo hablaba Dante de la Cruz del Sur, ese joyel celeste formado por cuatro estrellas de segunda magnitud y jamás visible en nuestro horizonte? América no se había descubierto..., es decir, tal se asegura; pero no falta quien